



CONSIDERACIÓN SEXTA

DE ALGUNAS OTRAS RAZONES QUE SE HALLAN
EN DIOS PARA SER AMADO

INFINITAS otras razones hay, fuera de las ya dichas, que obligan y hacen fuerza al hombre á que ame al infinito Dios infinitamente (si fuera posible), ó á lo menos con deseos de amor infinito. Pero así como sería grande ignorancia y temeridad tratar de acumularlas y juntarlas aquí todas, sería también cortedad no poner algunas, especialmente aquellas que, á nuestro modo de entender, encenderán más el corazón é inflamarán el afecto. Haciendo, pues, un manojo como los pasados, para poner en el altar de Dios, ya que vino á pegar fuego á la tierra y quiere que arda, digo que, entre otras, hay en Dios tres razones de amor poderosísimas para arrebatár á Sí los corazones de todos los hombres, por pesados que sean, si con atención las pesan. La primera es la conformidad de naturaleza; la segunda, la infalible presencia en

todas las cosas y á todos tiempos; la tercera, el útil de su amistad.

Cuanto á lo primero, ya sabemos del Eclesiástico, y por experiencia, que todo animal ama su semejante, y que tanto es mayor el amor cuanto lo es la semejanza. Vese esto bien claro aun en las aves del campo, que las de una especie siempre andan juntas de compañía y en bandas. Pues si yo soy amigo de un hombre, y me acompaño y ando con él, porque es mi semejante en la naturaleza, y tanto más amigo cuanto más se parece conmigo, ¿cuánta mayor razón hay de serlo de mi Dios, que, para que esta semejanza de amor no faltase en Él, se hizo hombre semejante á mí, no fantásticamente, sino con toda verdad? A nuestro padre Adán, después del pecado, fuéle dicho por una de las divinas personas (1): «Ya estará contento Adán, que es, como uno de nosotros, sabedor de bien y de mal». Este modo de decir fué irónico y por mofa y escarnio, que nunca tan desemejante quedó Adán como después que pecó. Pero nosotros podemos, no con ironía, sino con hacimiento de gracias y con un gran peso de amor, decirle al Verbo las mismas palabras. *Verdaderamente, Señor, como uno de nosotros os habéis hecho, ya sabéis de bien y de mal.* Luego, con más

(1) Ecce Adan quasi unus ex nobis factus est, sciens bonum et malum.—Gen., 3.

razón debo amar á Dios Hombre que á ninguno de todos los hombres, por ser más mi semejante que todos los hombres. Especialmente, que concurren en Él tres circunstancias que agravan esta obligación; conviene á saber: la *causa* de haberse humanado, el *estado* que tiene y el *señorío* con que quedó. La causa fué yo: por mí se hizo Dios hombre, Él que no era hombre, por redimirme con su muerte, por apacentarme con su carne y sangre en el Sacramento, por enseñarme con ejemplos de vida y para beatificarme todo con ambas naturalezas, divina y humana, en su gloria. Pues si se considera la grandeza y nobleza de este Hombre, que es más admirable que todos los hombres, mayor obligación me corre á amarle que á otro cualquiera simple hombre. Y si el *señorío*, ¿por qué no amaré á quien nunca se corrompe, ni deja de ser hombre, ni muere, ni puede morir? ¿Cómo podré amarlo menos que á cualquiera de los demás hombres sujetos á corrupción y muerte?

La segunda razón especial de amor es la *presencia*; que mucho puede la presencia de un hombre para ser amado de otro. Al fin, donde hay ausencia no se halla que el amor crezca, antes va en disminución y proverbialmente se dice: *olvido y mudanza son males de ausencia*. Pues si es bastante causa para que un hombre de otro sea amado la presencia, ¿qué amor se le debe á Dios, que nunca de sus amigos se ausenta? Item, el hombre está junto á mí cuan-

do más presente; Dios dentro de mí cuando más ausente. San Agustín decía: Dentro de mi corazón te tenía, Señor mío, y mi corazón andaba errado en busca de Ti. Dirásme, por ventura: ¿Cómo, si está dentro de mí, no le siento? Responde Santo Tomás, que tampoco en el hombre que tienes presente ves más que el cuerpo; pues el alma, que es la que amas y por quien amas el cuerpo (que si ella faltase, aunque de padre y de madre le aborrecerías), no sabes si está ó no presente sino por las acciones exteriores y por las palabras que oyes de su boca. De esta manera, aunque por razón del estado de viador que estorba é impide no veas á Dios en Sí, que por esencia está presente á ti, por los efectos que obra en tu alma puedes conjeturar que le tienes presente. Item: el hombre, unas veces está presente y otras no, y está en un lugar y no en otro; Dios nunca se ausenta de nosotros, *porque en Él vivimos y nos movemos y somos*; y si hay división es por nuestra culpa, y la ausencia es de nuestra parte y no de la suya. Dentro de mí estabas (decía San Agustín), y yo fuera; conmigo morabas, mas yo no contigo. Al fin (como dijo Jeremías): «Dios es tan grande que llena el Cielo y la Tierra, y de ninguna parte falta»; y cuando los hombres te falten (como suelen), en la muerte le hallarás presente como amigo para ayudarte. Luego, más digno es de ser amado que todos los hombres.

3. Y si esto no te basta, porque eres de los

que aprueban las amistades por el útil, considera la tercera razón de amor, y verás que la de Dios no es provechosa comoquiera, como lo son las de todos los demás hombres, porque es amigo en todo lo que es de utilidad para quien lo es suyo. De Él verdaderamente se pueden desear y esperar tres maneras de provechos, conviene á saber: que me haga participante del bien que tiene propio; que sea en aumentar el bien que gozo mío, y que aniquile ó disminuya el mal que padezco en la persona, honra ó hacienda. Mira, pues, si es Dios amigo en el dar. A su propio Hijo no perdonó, y por todos nosotros le entregó á la muerte, y quedó con este hecho obligado á no negarnos cosa que tuviese y hubiésemos menester; y al fin ha venido á darnos cuanto tiene y á Sí mismo (como largamente dijimos en el capítulo XII de la primera parte). Mira también si es amigo en lo segundo. El bien se aumenta y crece con la comunicación y aplauso del amigo (aunque ésta no es infalible prueba de amistad): Dios conoce que lo que tienes son dones suyos, y conociéndolo, se goza de que tú los goces y poseas, y no tiene necesidad de que le des parte en ellos; luego más es amigo de los que se usan en el mundo, y merecedor de más amor y honra que todos. Mira lo tercero con ojos claros, y conocerás sobre ti una tan grande carga y una obligación tan estrecha de amar y servir á este Amador, que para ninguna otra criatura te quedará amor, si no fue-

re en Él ó por Él. Dicen que es mi amigo el que lleva parte de mis trabajos, ó me los disminuye ó quita del todo. Nadie, pues, tan amigo como Dios, que no pudiendo en su divina naturaleza, sumamente buena, sufrir y haber parte en mis males, se vistió de la mía y, apiadándose de mí, me acompañó en ella para consolarme, y á su costa y con pérdida de su vida desterró todas mis miserias. Aristóteles redujo á cinco males los que se pueden padecer en el mundo, conviene á saber: enfermedad, pobreza, infamia, enemigos y muerte. Discurre, pues, alma mía por todos estos males, y verás cómo en todos te hallas acompañada de tu Dios, que te los ayuda á llevar, y aun te los quita por llevarlos Él. Isaías dice (1): *Verdaderamente llevó nuestros dolores y sufrió nuestras enfermedades.* Y San Pablo: *Siendo rico, se hizo pobre por enriquecernos.* Y los Evangelistas todos afirman que le deshonoraban los suyos llamándole *embaidor, tra-gón, endemoniado y revolvedor* de pueblos. Pues ¿qué diré de los enemigos que cobró por hacerme amigo con su Padre? Y la vida, ¿por quién sino por mí la perdió? Pues si buscamos fidelidad, ¿quién tan fiel como Dios? En la adversidad, en la prosperidad y en la novedad y mudanza de estado, siempre se mostró amigo fiel. *Hermanos* llamaba á los Apóstoles en la vida, *hermanos* cuando se parte para la muerte, y her-

(1) Isai., 58.

manos después de resucitado y lleno de gloria. Pues de su hermosura, de su sabiduría, de la suavidad y gracia en sus palabras, ¿qué diremos? Un larguísimo tratado se pudiera hacer de cada cosa; pero baste por ahora haber abierto camino al contemplativo, para que á sus solas pese estas tan grandes obligaciones que tiene de amar y servir á sólo Dios.



CONSIDERACIÓN SÉPTIMA

DE LAS CALIDADES DEL AMOR DE DIOS
PARA CON EL HOMBRE

AUNQUE de esta materia, esto es, del amor de Dios respecto del hombre, largamente habemos dicho en la primera y segunda parte de este tratado, me pareció añadir aquí algunas consideraciones dignas de que el alma las encienda y rumie, y así se encienda en el amor de su Dios. *Si quieres ser amado*, dice Séneca, *ama*. Cumpliólo de manera el Señor, que ninguno dignamente puede pensarlo ni estimarlo. Hace fuerza violenta, é invita á que le amemos sobre todas las cosas este decir que *nos amó*. No hay con qué se encienda mejor el fuego corporal que con otro fuego, ni un gran fuego como con otro gran fuego, conforme á la regla Tópica. «Así, el amor, que (como dice Hugo) es fuego, con ninguna cosa se enciende mejor ni más presto que con la atenta y perseverante consideración del amor divino y de los beneficios que con él nos hizo y hace cada día». Y ¿qué hay en el mundo que tanto me provoque á mí á que quiera bien

á uno, como saber por beneficios que me ama y quiere? Pues si esto es así, ¿hay fuego tan grande como el que en el pecho de Dios respecto de nosotros arde? Mayor es el fuego del amor de Dios, y para inflamarnos más poderoso que lo fuera para quemar una pequeña estopa un fuego tan grande como todo el mundo. Y así, el que quisiera arder en el amor de Dios, dese mucho á pensar esta palabra: *Amado soy de Dios*. Pero ¿cómo? Eso queremos aquí sacar á luz, cuanto con la divina gracia nos fuere posible.

1. Y decimos lo primero, que Dios nuestro Señor ama á todos, así precitos como predestinados, con un *general* amor, porque lo es el que tiene á todas sus criaturas. Pruébese esto por la definición del amor, que aquel se dice amar que quiere bien para aquel á quien ama: Dios quiere bien á todas las criaturas, luego su amor es general. Gerson dice que Dios, con un invariable amor, produce el gusano y el ángel, como se escribe en el Génesis, que con una palabra dijo y fueron hechas todas las cosas. Y aunque cause esto en algunos admiración, es verdaderísimo, y lo contrario erróneo, porque es artículo parisiense que la primera causa de tal manera es remotísima, que juntamente es presentísima y conjuntísima, y es generalísima, de tal modo, que también es singularísima. En el libro de la Sabiduría se escribe (1): «Amas todas

(1) Sap., 11.

las cosas que son, y nada aborreces de cuanto hiciste». Verdaderamente amó Dios todas las cosas que crió para que fuesen, y amándolas las conserva en el ser que les dió, y las gobierna y aprueba como buenas, de todas las cuales ninguna otra causa se halla sino la no comprendida medida de su inestimable caridad. Porque el amor (como en la cuarta consideración probamos) es el primer don en el cual, y del cual, y por el cual, y para el cual, se dan todas las dádivas que liberalmente se dan. Por eso llamó Platón al amor *círculo infinito*, porque todo lo que sale de Dios y vuelve á Dios sale y vuelve con amor.

2. Decimos lo segundo, que ama Dios á cada uno y á todos con amor *espirado*, esto es, con el Espíritu Santo; porque, como nota Santo Tomás, el Espíritu Santo es el amor con que Dios nos ama. Y la glosa dice que un mismo amor es el con que el Padre ama á su Hijo, y por quien nuestra ánima es amada de Dios.

3. Las dificultades que hay en esta proposición son muchas; yo las dejo para las escuelas, por que veamos otra manera de amarnos Dios, que es con amor *voluntario*, y no por necesidad, ni forzado, que esto repugna á la naturaleza del amor, que es don libre. Él mismo se declaró por un profeta, diciendo (1): «Amarlos hé libre y voluntariamente».

(1) Diligam eos spontanee.—Oseas, 14.

4. Ámanos, lo cuarto, con amor *cognoscitivo*, y que actualmente entiende á cualquiera de los que ama y qué beneficios hace á cada uno. Pues Dios es entendimiento puro; y como la operación sigue la esencia y ser de la cosa, entiende Dios su amor y su acto de amar y conoce á todos y á cada uno en particular á quien ama y á quien hace mercedes; porque su amar es conocer. Así dijo San Agustín (1): *De la misma manera conoce todas las cosas juntas que cada una en particular, y todas juntamente, sin división ni conmutación ni disminución las considera.* Con un simple mirar lo ve todo: lo presente, pasado y futuro, y actualmente lo entiende y está á todo presente, porque es acto purísimo. Mira aquí, alma mía, cuánto es y cuán sin medida el afecto de la caridad de tu Dios para contigo; pues que, conociendo distinta y claramente tus maldades, tu ingratitud y poca devoción, no quiso detener la corriente de su amor ni de sus beneficios para contigo. ¡Oh verdadero amor cognoscitivo! Si te conociesen los hombres y te pesasen con la atenta consideración, no dudo sino que derritiesen sus corazones, aunque fuesen de hielo ó de diamante. ¡Oh misterio, que esté Dios mirando en acto mi malicia y las ofensas que le hago, y que en aquel mismo tiempo que las hago me

(1) Sicut unum totum simul perfecte considerat, sic singulari quaelibet ac diversa perfecte simul, totaque conspiciat visus ejus.—Agustín.

esté amando y beneficiando, como si le estuviera haciendo muy grandes servicios! Bendito sea tal amor.

5. Quizá pensaréis que es moderno y nuevo este amor; no por cierto, sino *eterno*; porque *ab eterno* dispuso y ordenó de hacer bien á cada uno de los hombres. Lo cual queda claro de lo que arriba dijimos, que el amor de Dios es el Espíritu Santo, que, por ser eterno, lo ha de ser el amor con que nos ama. Y ¿qué mejor prueba se puede buscar para esta verdad, que lo que el mismo Dios dice por Jeremías: «En caridad perpetua te amé, y en tiempo me apiadé de ti y te atraje á Mí?» (1). Antes que yo fuese me amó, y siendo se apiadó de mí y me llamó y atrajo con beneficios. A los justos dirá el Juez eterno, Cristo, en su Juicio: «Venid, benditos de mi Padre: poseed el Reino que os está aparejado desde la constitución del mundo». ¡Oh palabras más dulces que la miel, poderosas para derretir corazones de bronce! Dios ¿no es *ab eterno*?—Sí.—¿No hizo el mundo en tiempo?—Sí.—Al hombre ¿no le crió después del mundo?—Sí.—Pues ¿cómo es esto? ¿Cómo, antes que fuese yo ni fuese el mundo, me tenía Dios á mí aparejado Reino? Glorifíquense los ángeles, alábenle todas las criaturas, *bendígale mi alma y cuantas cosas en mí hay.* Así es esto cierto, que si le preguntara á Dios en su eternidad qué pensamientos eran los

(1) Jer., 31.

suos, pudiera muy bien responder: Estoy pensando en ordenar un Reino en que reine Fray Juan de los Ángeles. Plega á Ti, mi Dios, que ello sea así por tu bondad infinita. Antiquísimo es el Reino de los justos, y más antiguo el cuidado de Dios, que con amor eterno se lo aparejó. En esta consideración me quisiera detener más, por ser tan eficaz para mover las almas al amor de su Dios; pero no es menos eficaz la que se sigue.

6. Que no sólo nos amó Dios *ab eterno habitualmente*, sino con un amor *actualísimo*, que sin ninguna interpolación, ni por un instante, dejó de enderezarse y ser llevado sobre nosotros. Y la razón es porque, como dijimos, es Dios acto purísimo sin mezcla alguna de potencialidad, y así nos ha de amar actualmente siempre. Que, como dijo Santiago (1), *acerca de Dios no hay transmutación, ni suceder unas cosas á otras*, para que Él las ame sucesivamente: siempre entiende y ama en acto, y no habitualmente y en potencia. De aquí es que su amor, ni desfallece con el uso, ni se envejece con el tiempo; es antiguo y es nuevo, y así son sus dones nuevos y antiguos. Porque, acerca de Dios, ni hay pasado ni porvenir, sino presente. Y lo que una vez da, siempre lo da. De otra manera hallarse hía mudanza en Dios, lo cual aborrecen y abominan las orejas piadosas. ¿Qué sacamos de este dis-

(1) Jacob, 1.

curso? Que nuestro agradecimiento ha de ser tanto por todos los beneficios de Dios, como, cuando y en la hora que nos los estaba dando y nosotros los recibíamos. Sacamos más. Que todas y cualesquiera obras de Dios son nuevas, y cualquiera cosa que una vez hizo, siempre la hizo, y esto por su inmutabilidad. Ello es lo que dice el Padre á su Hijo (1): *Yo te engendro hoy*: porque ni hay ayer ni mañana en Dios, sino hoy. Por lo cual debe cada uno (como nota San Bernardo) estimar, pesar y agradecer el beneficio de la Encarnación y Redención, como si ahora se estuviera obrando. Que por eso dice la Escritura de Cristo, que es *cordero muerto desde el principio del mundo*. Porque en la mente de Dios estaba muerto desde el principio del mundo y lo está ahora; porque con el afecto que se ofreció una vez por nosotros en la cruz se ofrece cada día al Padre, principalmente en el altar. Y el Padre le aceptará hasta el fin del mundo, como le aceptó en su principio.

7. Pero sepamos qué tan grande es este amor que Dios me tiene, pues de su antigüedad no hay duda. Cierto podemos añadir que también es infinito. Porque cuando Dios nos ama, ámanos la inmensidad, y, porque por el Espíritu Santo nos ama, síguese que es amor infinito el amor con que nos ama. Y no sólo infinito, sino *total*; esto es, con todo su conato y virtudes. Y

(1) Ps. 2.

la razón de esto es, porque la simplicidad divina no admite partición alguna ni la tiene. Por lo cual, todo unido es para todos y para cada uno de por sí. Admirablemente dijo esto Hugo de Santo Victore (1): «Verdaderamente el amor es maravilloso, solo, mas no solitario; porque es del Padre, Hijo y Espíritu Santo. El amor es participado, mas no dividido; común y singular; de todos singular y todo de cada uno; no disminuído ni falto por la participación de tantos, cuyo fruto hallamos ser uno, y ese mismo es todo». Luego no hay que temer distraimiento de ánimo en Dios amando á todas sus criaturas, pues todo es para todas y todo para cada uno de ellos. «Propio es (dice Bernardo) de la simplicísima naturaleza de Dios mirar á muchos como si mirase á sólo uno, y mirar á uno como á muchos.» Ni á la multitud es mucho, ni á los pocos raro, ni á la diversidad diverso, ni á la unidad restricto y estrecho, ni ansioso á los cuidados, ni perturbado en las congojas y solicitudes. De tal manera intentó á una cosa, que no se detiene y enreda en ella; y de tal manera atentó á muchas, que no se distrae. Así dijo San Agustín (2). *De tal manera tiene Dios cuidado de cada*

(1) Vere amor mirabilis, solus et non solitarius; amor participatus nec divisus, communis et non singularis, cunctorum singulus, singulorum totus, non participatione plurium crescens nec minutus, cujus fructus unus et idem totus reperitur.—Hugo.

(2) Aug., lib. I *Confes.*

uno como si no fuese más que uno, y de todos como de cada uno. ¡Bendito sea tal Dios, que, amando á todos en común, no falta á ninguno en particular! A todos ama, y á mí como si fuese yo sólo: en la mesa de todos entro para ser con todos amado, y de la mesa de todos salgo, porque singularmente me ama. Así atiende á mí sólo como si de todas las demás criaturas del Cielo y de la Tierra estuviese olvidado y de mí sólo tuviese memoria. ¿Quién oye esto y no se confunde y avergüenza de amar á retazos y con tantas limitaciones al que con todo afecto de Padre, Hijo y Espíritu Santo le está siempre actualmente amando como si fuese sólo? ¡Bendito sea tal amor, todo de todos y todo mío! Yo, si amo á dos, divídome; y si amo intensamente á uno, tengo de amar remisamente al otro; y ésa es la razón por qué quiere Dios para Sí todo el corazón; porque, si damos lugar en Él á otra cosa que Dios, hemos de faltar al amor de Dios. Por eso dice (1): «Amarás á tu Dios de todo tu corazón, de toda tu ánima y de toda tu mente». Como si dijera: No bastas á amar muchas cosas sin hacer falta á todas: ama una en quien está todo lo que es amable y de codicia, que soy Yo, y tendrás cumplido con todas, pues todas las crié por mi gloria.

8. ¿Dirás, por ventura, que tan grande y tan afectuoso amor no es sin algún interés? En-

(1) Matt., 22.

gáñaste y yerras (como dicen) todo el Cielo; porque el amor con que Dios nos ama es *gracioso*; porque ni de nuestra parte han precedido merecimientos que á amar nos le obliguen, ni de la suya hay necesidad de lo que somos ó tenemos para que por eso se mueva; sólo tuvo Dios ojo á nuestro útil, y no al suyo. Por eso dijo San Juan (1): *Amemos á Dios, que nos amó antes* que con amor le obligásemos ni con dones le provocásemos. Y en otra parte dice: «En esto está la caridad de Dios, no en que nosotros le hayamos amado primero á Él, sino en ser su amor tan antiguo como Él mismo para nosotros». Y el Apóstol dice: «¿Quién granjeó el amor de Dios con dádivas? ¿Quién dió para que le diese? Nadie, por cierto. Antes que naciesen ni fuesen en el mundo los dos hermanos y contendores, aborreció á Esaú y amó á Jacob». «¿Qué puedes añadir (dice Franco) de gracia á aquella suma é infinita bienaventuranza que no recibe aumento ni conoce defecto, si le hicieras muchos servicios y dieras grandes alabanzas? ¿Ó qué le quitas, si eso le quitas?» A ti, pues, te aprovecha, y tu negocio haces, el que te manda que le sirvas; porque, por el mérito de tu devoción, cuasi por justicia es forzada aquella inmensa piedad á remunerar con premios eternos tu confiada obediencia y cortos servicios. Y aun ésta es otra cualidad del divino amor, que no es

(1) I Joan., 4.

para otro menor fin que beatificarnos con su gloria en Sí mismo. San Crisóstomo dice: Por eso nos crió Dios, y no siendo hizo que fuésemos: para darnos los bienes eternos y el Reino de los Cielos, y para que gocemos de Él. *Et propter hoc omnia ab initio temporum egit, et agit.* Mirad lo que Dios ha hecho desde el principio del mundo y hace y hará de aquí á que se acabe, que no es otro su fin que nuestra beatitud. Quisiera añadir á lo dicho lo que no sin admiración se puede leer y escribir; pero temo que no he de acertar á decirlo. Con todo, diré, como supiere, que Dios puede dar más luz que la que de estos escritos se podrá sacar á quien con humildad y perseverancia llamare, pidiere y buscare.

9. Digo, pues, que es tan intenso el amor de Dios para con los hombres, que le sacó de Sí; pues propio es del amor sacar de sí á los que aman y hacer que padezcan éxtasis. Maravillosa cosa es ésta, pero verdadera y, con tres testigos abonados, confirmada. El primero San Dionisio, cuyas palabras son tan dificultosas, que tuve por mejor no ponerlas; pondré, empero, las de su comentador, y lo que Gerson dice sobre los *Cantares*. El comentador dice: «Quia »Dionisius dicit: Deum ad omnia existentia pro- »videntiis per abundantiam amativæ bonitatis, »habitudine extra se ipsum fieri; procul dubio »propter nos, quorum gratia solum hæc diligit, »sive curat, hoc facit, non enim est de bobus Deo

«*cura nisi nostri causa*». Ha dicho Dionisio que sale Dios de Sí amando á todas sus criaturas y proveyéndolas en todas sus necesidades; y dice el comentador que no ama sino al hombre; porque por el hombre las crió todas, y en cuanto miran el útil del hombre tiene cuidado de ellas y las ama y quiere, según aquello de San Pablo que dice: *¿Por ventura tiene Dios cuidado de los bueyes?* Como si dijera: No por ellos, sino por amor de los hombres. Gerson añade algo más á la sentencia de San Dionisio: «*Recipit (inquit) »Deus nomen amoris, et perfecte quidem, ut »juxta Dionisium extasim faciat, et active, et »pasive. Deus si quidem infinitus dum ex amore »producit creaturam finitam, exiit quodammodo »suam infinitatem, diligendo rem finitam, quam- »vis actu infinito; sic et viceversa rationalis »creatura, finito actu diligendo Deum objetali- »ter infinitum, ponitur extra terminos omnis »creaturæ, cum nulla sit infinita*». De estas palabras se colige que, amando Dios infinito á la criatura finita con amor infinito, sale en alguna manera de su infinidad y se entra en los límites finitos de la criatura finita. Y la criatura racional finita, amando y teniendo por objeto al infinito Dios con acto finito, es puesta sobre toda criatura finita, porque no la hay ni la puede haber infinita. Y esto es decir que el amor de Dios causa éxtasis activa y pasivamente. De aquí vino á decir Ricardo en su *Tratado de los grados de la violenta caridad*: Que nos amó Dios

con todo género de amor, comoquiera que pueda caber en Él, y sea digno de tan alta y soberana majestad. Y, echado este fundamento, dice que nos amó con amor violento no necesario (que esto está lejos de aquella suprema substancia exenta y libre de toda necesidad), sino violento, esto es, de tanta eficacia y valor, que la llama de su ardor, así que ama, enajena, traspasa y cautiva el corazón del amante, que parece no estar en sí, sino reducido á la potestad y voluntad de la cosa amada. Díganme, los que saben algo de amor, si estaba de otra manera Dios cuando decía á Abraham y Moisés, sus amigos, que le dejasen *enojarse con su pueblo*. Y en otra parte: *No puedo hacer cosa de que no dé parte á mis siervos*. Verdaderamente son éstas centellas que saltan del violento amor, el cual, como largamente ya dijimos, obra cuatro efectos en el amante: que le hiere, ata, enferma y hace desfallecer y morir. ¿Quién dirá que no está Dios herido del amor de los hombres, pues para mostrar las heridas del corazón secretas quiso ser herido en su carne? ¿Quién dirá que su ánima no estuvo presa de nuestro amor, pues se vistió del lodo de nuestra humanidad? ¿No estaba enfermo en el amor de su querida el alma quien renunció todos los contentos, y entre las armas de los enemigos se metió para rescatarla y redimirla? Pues ¿quién no dirá que muere de amor el que, si no quisiera, no muriera? Verdaderamente nos amó con amor insupe-

rable, inseparable, irremediable é insaciable. ¡Oh amor, que hieres, atas, enfermas y matas, ¿cuándo te apoderarás de mí?! Llaga á mi corazón, traspasa mi pecho, hiende mis entrañas y, enflaquecida, desfallezca mi ánima con tu dulce violencia. Esfuérzate, alma mía, cobra nuevos bríos y lucha con tu amado para que le venzas en esta contienda de cariño. ¿No ves en la aljaba de tu pecho las flechas con que puedes herirle? ¡Ah! Cuida cómo Él te manda de amar á Dios por Sí mismo y á tus prójimos por Él mismo, y tendrás el primer dardo del amor *general*. Suspira sólo por Él y á Él se encaminen todos tus intentos y obras, y podrás decirle que le amas con *todo tu ser*. No te contentes con amarle por temor de sus castigos, á guisa de esclavo, ni mirando la paga, como el jornalero, sino como hijo á su padre y como esposa á su querido esposo, con tu voluntad *entera y libre* de otro afecto. Aprende á oír el reclamo de sus beneficios, y ayúdate con el entendimiento á encender en tu pecho esta divina hoguera del amor. Y, puesto caso que no puedes imitar el amor *eterno* é *infinito* de tu Dios, ámale con actos continuos sin interrupción, y unida con Él podrás decirle: *Te abrazo y no te dejaré*; y, para vencerte en el amor, te amaré con tu mismo amor *infinito*, que yo haré mío con el deseo y llegará á sacarme de mí para hallarme en Ti por los siglos de los siglos. Amén. Así sea.

Carta á una Señora devota, en la cual le da algunos documentos para el aprovechamiento de su alma y de cualquiera que los guardare. Es de provecho para personas ocupadas que no pueden vacar libremente á la oración y contemplación.

Muy noble y estimada Señora: Mucho me consuela ver á v. m. tan deseosa de su adelantamiento espiritual; y pues me pide le ayude y favorezca sus buenos deseos, aunque bien pudiera acudir á otros consejeros más discretos y sabios que yo, admito esta honra para aprovechar á su alma y otras que lean esta escritura. Y lo que apuntaré no será mío, sino de los Santos, que nos ilustraron en estas materias con sus consejos, y cuyo sumario se halla en los libros que tratan de oración. De todo lo que he leído, he procurado recoger algunos documentos, importantísimos para el fin que pretendemos. De ellos son generales, y que se presuponen en cualquiera estado de vida virtuosa; de ellos especiales, y que solamente sirven para quien en particular trata de componerse con Dios, é ir siempre ganando tierra y aprovechando en el servicio suyo. Comenzando, pues, por lo general (que es el orden que guarda naturaleza en sus obras), sepa v. m. que, según la ex-